



Toda la isla ES UN BOSQUE

MIQUEL RAMIS

Juan Cortada y Sala (1805-1868) fue novelista, historiador y profesor de la Universidad de Barcelona. Estuvo en Mallorca de niño, junto a su madre y su hermana, durante la guerra de la Independencia. En 1845, el 19 de julio, embarca en El Mallorquín (ferry que zarpa desde Barcelona) y escribe el libro como si fuera un diario.

Juan Cortada no era un turista, sino un viajero. Llegó a Mallorca un mes de julio. Corría el año 1845. Su libro, deliciosamente escrito en el estilo de la época, describe cómo sus anfitriones lo llevaron de Palma a Manacor, Artá, Alcudia, Pollensa, Sóller y de regreso a la capital. Pero lo que más sorprende es que la totalidad del recorrido lo hicieron siempre a cubierto y flanqueados por árboles frutales bajo los cuales sestearan ovejas, cerdos, cabras, equinos. ¿Dijiste Mallorca?... Excepto algunos claros dedicados a cereales, durante el viaje precisaron de guía para no perderse "en este delicioso y continuo laberinto verde", y únicamente la sustitución de almendros, olivos y algarrobos por melocotoneros, albaricoqueros o naranjos avisaba al viajero de que se estaba acercando a un pueblo. Satisfactorio para mí fue rastrear la pervivencia de una técnica romana, que consistía en adosar una parra a cualquier árbol, en pleno siglo XIX. Cortada describe cómo los pámpanos de uva colgaban de olivos, encinas, algarrobos o almendros. Las hojas de parra aumentan la protección a la exposición al sol justo en los

meses de verano y caen a tierra en otoño, cuando la tierra agradece el beso cálido del sol. Los animales de granja y pájaros que duermen bajo los árboles entregaban su abono devolviendo los servicios prestados; un círculo virtuoso de fertilidad. No hay que palear bostas o limpiar establos. Surfear la ola en lugar de intentar romperla. Esta extraordinaria descripción de una desconocida Shangri-La de vecindario, de una isla Utopía mediterránea me fue revelada hace tan solo un año, cuando mi vecina Kuki me regaló un montón de libros viejos, entre los cuales seleccioné uno solo para leer, tras más de un año de consultar únicamente informes sobre cambio climático y datos agrícolas. ¿Casualidad? Puede ser, pero no lo creo. Todo pasa por algún motivo. De repente, todo encajó: mi largo viaje de 59 años no estaba impulsado por el deseo de implementar una propuesta regenerativa: sencillamente nacía de una memoria genética que guardaba celosamente lo que antes había sido. Ahora entiendo que, en realidad, nunca quise ayudar a crear un jardín del edén, solo quería recuperar el que ya teníamos. ☺



Viaje a la isla de Mallorca: en el estío de 1845

Juan Cortada. 1845. (pág. 125)

El paseo hecho hasta ahora me ha demostrado la grandísima importancia de la isla de Mallorca, tan frondosa y productiva toda ella, que no podrá concebirlo quien no la vea. Indudablemente lo que más me admira es el arbolado, el cual abunda de un modo tal que toda la isla es un bosque compuesto de todos los árboles; desde el naranjo propio de los climas ardientes hasta la encina y el pino abeto que viven en regiones frías. Entre todos esos árboles, los que más llaman la atención por su abundancia y lozanía son las encinas y los olivos que ellos solos cubren una gran parte del territorio. En los puntos en que se cultiva especialmente el naranjo, como sucede en Sóller, su abundancia y espesura son tales que más merecen el nombre de bosques que de naranjales. En toda la isla tercian con esos árboles principales el algarrobo, las higueras común y chumba, el almendro y todos los demás frutales de los países templados y calientes.

La vid crece en todas partes, y como está mezclada con los árboles, se encarama por ellos, y sus deliciosos racimos, ora cuelgan de un ramo de olivo, ora se mezclan con las bellotas de la encina, ora compiten en negrura con la sazonada algarroba, ora se los ve metidos entre el almibarado fruto de la higuera. Sus anchos pámpanos visten muchas veces el seco tronco de la encina y del olivo, ocultando con ello la fealdad que naturalmente tienen, y enredándose allí con las ramas, con las hojas y con los troncos cubren con una verde bóveda los caminos y forman cuevas y tiendas de verdura que los rayos del sol no penetran nunca. Cuando se cruza un valle, jamás se ve más allá de veinte pasos de camino, y si el compañero se adelanta un poco, fuerza es que se detenga a esperar al guía si no quiere extraviarse por este delicioso y continuo laberinto. De tiempo en tiempo se presenta una llanura des-

tinada a los cereales, pero siempre es un territorio corto puesto entre dos amenos y que sirve para dar más valor a la hermosura y delicia de estos.

En las inmediaciones de los pueblos hay una reducida huerta sombreada por el arbolado que no se interrumpe porque viven allí hombres, y lo más que hace es transformarse por un momento en manzano, peral, melocotonero, lo que eran olivos, encinas y algarrobos.

Cual por favor ceden estos en cada aldea un corto trecho a fin de que el hombre pueda saborear la deliciosa fruta, mas no se crea que abandonan en campo: celosos de la posesión en que están de toda la isla, aun en medio de las huertas asoman la cabeza por entre los frutales, viendo a derecha e izquierda los árboles de su familia, y dominando los otros en señal de señorío, como en numeroso ejército hay entre uno y otro campamento una guardia de prevención, o una guerrilla o un centinela que bastan para que no quede el ejército interrumpido.

Asoman por todas partes las robustas raíces, que ni aun por bajo tierra quieren esos señores de la isla abdicar el dominio que tienen en toda ella. Solo en los países

montañosos. Por todas esas montañas, valles y arbolados discurren y trisan en libertad absoluta el potro juguetón, el gracioso buche, la alegre mula, el pacífico buey, la ligera cabra, el lanudo cordero y el cerdo gruñidor, que en amistosa compañía sestean a la sombra de una encina o pasan la noche en una cueva, con la seguridad de que el lobo no turbará su suelo, porque así como en Mallorca los hombres no roban, tampoco vive el rapaz y sanguinario lobo. De tiempo en tiempo se oye allá a lo lejos el rumor del cencerro y se ven cruzar por el camino las ovejas y los carneros, que participando de la general pacifiquez del país, no huyen a la vista de una cabalgata sin embargo de que apenas ven hombres.

“La vid crece en todas partes, y como está mezclada con los árboles, se encarama por ellos, y sus deliciosos racimos, ora cuelgan de un ramo de olivo, ora se mezclan con las bellotas de la encina, ora compiten en negrura con la sazonada algarroba, ora se los ve metidos entre el almibarado fruto de la higuera”